

1 • Homero

El Ideal Heroico

El nombre *Civilización Occidental* es más que un término de geografía. Se refiere a una idea cultural – un proyecto de civilización total por el cual una porción de la humanidad se ha esforzado en el curso de los siglos a construir una filosofía viable de vida y existencia, y de ese modo gradualmente plantear un concepto adecuado de orden racional, social y ético. Fue *Occidental* por causa del lugar donde brotó y por las naciones que primero abrazaron sus ideales, pero no era una visión de la vida y de la realidad que estuviese territorialmente limitada. Con el tiempo vino a ser considerada, por lo menos por aquellos que se encontraban circunscritos a ella, como la mejor que los hombres en cualquier lugar fueran capaces de realizar. La civilización Occidental le ofrecía al hombre un concepto ordenado de la vida que le capacitaba de manera única para realizar su más grande potencial y así dar el significado positivo más alto a su humanidad esencial. Por lo tanto, es apenas sorprendente que la civilización Occidental haya ganado tal influencia dominante en todo el mundo y haya alcanzado un beneficio tan amplio para gran número de personas en todas partes.

En contraste, en casi todas las civilizaciones no-Occidentales, pasadas y presentes,

la principal característica ha sido, y sigue siendo, que son culturas diseñadas para las elites gobernantes y limitadas en su utilidad. En términos generales unas pocas personas poderosas trazan el curso y disfrutan de los beneficios de la cultura y la civilización, y casi siempre a expensas de los muchos débiles y pasivos. En estas culturas el conocimiento, ese suministro esencial de las ideas de una civilización acerca de sí misma y del mundo, ha sido controlado por y restringido a una camarilla de *aristócratas* quienes lo ven como una manera de promocionarse a sí mismos y dominar a otros. A menudo su meta ha sido preservar la ignorancia y la subordinación del pueblo por medio de las supersticiones de carácter *noble* y la superioridad de virtud heredada de los gobernantes. Tales civilizaciones necesariamente insisten en una aguda distinción entre los pocos especiales que tienen acceso a los *dioses* y los muchos no ilustrados quienes deben someterse a la sabiduría superior y al entendimiento de los privilegiados. Esta mentalidad cultural mantiene la ficción de que solamente estas personas especialmente educadas son plenamente humanas por la razón de que son por naturaleza y educación más parecidos a los dioses en sus capacidades y habilidades. Las culturas como éstas son, y siempre han sido, estancadas y moribundas,

ni desarrollando ni progresando en ninguna forma benéfica para el pueblo como un todo. Las elites que las dominan tienen un fuerte interés en mantener el status quo. Con su superioridad en el esquema social, siendo, en sus mentes, una necesidad por naturaleza y no meramente la adulación de la costumbre, resistirán tenazmente todas las formas de cambio, sin consideración de si mejoran o no la condición moral y material de sus alegados inferiores. Las culturas y las civilizaciones como éstas, firmemente dominadas desde la cima, tienden a languidecer bajo el peso opresivo de condiciones semi-barbáricas, no importa cuán estables o atractivos pudieran parecer al observador externo. Ellas comprimen el espíritu humano y obstruyen los talentos naturales e intereses del hombre para que sean plenamente realizados.

Comparada con estas características culturales no Occidentales, la civilización Occidental llegó eventualmente a personificar la creencia que ningún hombre es innatamente superior a otros. Aunque algunos poseen habilidades y talentos destacados y pueden, por esa razón, contribuir más al edificio cultural, esto no les hace inherentemente más humanos, ni son otros, menos dotados, personas incapaces de adecuar la cultura o de contribuir a su desarrollo progresivo en la historia. Esto, en medida no pequeña, es atribuible a la influencia del Cristianismo quien miró en el hombre una reflexión en miniatura de su Hacedor y por lo tanto una criatura sobre quien su Creador

poseía un derecho preeminente. Era la labor del hombre desarrollar su naturaleza interior incluyendo sus talentos y habilidades y así reflejar al Dios que le dio vida y además todas las cosas. Bajo Dios todos los hombres aparecían en igual posición sin importar su lugar en la sociedad. Esto estimuló un respeto por la vida humana y su realización en una amplia escala, y ayudó a reducir la profunda impresión de la superioridad elitista y la auto-exaltación aristocrática. Su efecto fue el abrir la cultura a una participación más amplia que solamente para aquellos que ocupaban el peldaño superior de la escalera social y moral.

Lo que es más, solamente en el Occidente la noción de historia, como el registro del avance o regresión de una civilización, moldeó auto-conscientemente la forma en que un pueblo se miraba a si mismo y a sus logros. El hombre Occidental, en la mayor parte, no ha pensado acerca de su cultura como un producto terminado, sino como una empresa en avance en la cual los logros presentes, aunque edificados sobre los hechos acumulados de generaciones pasadas, no hacen sino preparar las oportunidades para mayores beneficios en el porvenir. La cultura Occidental no era un ideal estático, sino una visión dinámica y creciente para futuras generaciones. En este sentido, la cultura Occidental es todavía un ideal por ser alcanzado, todavía en proceso de formación.

No obstante, a medida que llegamos al fin del siglo veinte, personas atentas por todas partes generalmente reconocen que la civilización Occidental parece estar enredada en una profunda crisis de identidad. La creencia apreciada de que la cultura Occidental se yergue superior a otras formas de cultura ha venido a estar bajo sostenido y malintencionado ataque. Sus paredes de fortaleza están crujiendo bajo ataques intensificados, y, más seriamente, no tanto de aquellos en el exterior, ¡sino de aquellos en su interior! La fe en la cultura Occidental ha sido erosionada en las mentes de las nuevas generaciones cuyos ancestros fueron sus edificadores. Aquellos que dirigen este ataque tienen en mente no una modificación sino la sustitución; a menudo la suya es una creencia simplista de que *de alguna manera* a partir del torbellino de la destrucción algo mejor emergerá. Sin embargo, es notable de que lo que parecen ser las alternativas emergentes se asemejan sospechosamente a los tipos de cultura no Occidentales con cuyo presente e historia están repletas. El elitismo en nombre del Hombre está una vez más haciendo una propuesta viciosa por el control de la agenda cultural, no para avanzar un nuevo principio de civilización, sino en un abrupto impulso por el poder para obligar a las multitudes a someterse a las órdenes de los pocos quienes, auto-declaradamente, son poseedores de una visión moral y entendimiento superiores.

¿Ha triunfado Nietzsche? ¿Ha reemplazado la “voluntad por el poder” la creencia

en el orden basado en principios y la urbanidad? Estas cuestiones producen otras que requieren reflexión. ¿Ha estado alguna vez la civilización Occidental privada de nociones elitistas que le sean propias? ¿Ha sido enteramente libro de los tipos de actitudes que han encontrado expresión a lo largo de la historia en todas las culturas y civilizaciones no Occidentales?

Hay en el hombre un fuerte sentido que la vida significa más que mera existencia animal; que el hombre debiese moldear y desarrollar su vida como para alcanzar una calidad permanente, una que debiese resultar del esfuerzo sistemático y bien pensado. En la perspectiva Bíblica el hombre fue creado por Dios para “tener dominio” sobre la tierra y para servir a su Creador al construir un reino que llegaría a ser expresión de una cultura y civilización. Al erigir civilización el hombre se edificaría a sí mismo y traería a su plena realización la misma esencia de ser hombre bajo Dios. Al hacer esto cumpliría el propósito de Dios para él mismo y, al mismo tiempo, honraría y glorificaría en primer lugar al Dios quien le dio vida y cultura y toda cosa buena.

Una profunda sombra se inmiscuye en este retrato del propósito del hombre en el mundo de Dios. Si la Escritura habla del hombre como habiendo recibido una tarea cultural que desarrollar, ella también afirma que el hombre fue creado para ser el siervo obediente de Dios, que él había de introdu-

cirse en sus labores civilizacionales en sumisión *ética* a la voluntad de Dios. Debido a que el hombre se rebeló contra este requerimiento moral Dios maldijo al hombre con muerte y a sus empresas culturales con vanidad. Al actuar en desobediencia ética contra Dios el hombre perdió todos los derechos a cualesquiera que fueran los beneficios que Dios tuvo la intención que el hombre cosechara en el servicio orientado al reino hacia Él.

Dios trajo luz sobre esta oscuridad al establecer un nuevo fundamento sobre el cual los hombres podrían esperar una vez más realizar un propósito orientado al reino. Él proveería *salvación* para el hombre de su corrupción y desobediencia moral y de esta manera otorgar las bases de un nuevo esfuerzo en una cultura y civilización completas. Al mismo tiempo se hizo claro que la moralidad y la cultura estaban indivisiblemente entrelazadas, y que la primera sería siempre la base para la segunda. Dios creó al hombre para un propósito orientado al reino, y el hombre estará sujeto por este hecho. El hombre en rebelión insiste en que, en lugar de que la voluntad de Dios permanezca en el centro ético de su esfuerzo cultural, debiese ser la auto-interpretación moral del hombre la que debe prevalecer. Él tratará de ignorar o de redefinir la maldición de Dios sobre sus empresas con el propósito de justificarse. Allí es donde yace en el corazón del esfuerzo del hombre por edificar civilización un conflicto entre aquellos que reconocen la naturaleza

esencialmente pecaminosa del hombre tal y como es definida Bíblicamente y aquellos que no lo hacen, entre aquellos que reconocen que solamente los métodos de redención de Dios pueden aprovechar al hombre y a su cultura, y aquellos que persistentemente rechazan tener en cuenta a Dios y que resisten su plan de salvación en la vana creencia de que el hombre puede realizar su propio proyecto de *salvación*. Esta división ética de la humanidad inevitablemente afecta la cultura y la civilización, pues el hombre no puede cesar de ser una criatura orientada al reino.

Hoy la cultura Occidental permanece peligrosamente cerca del borde del colapso. Si deseásemos conocer las razones tendríamos que tener en cuenta la dicotomía ético-religiosa que yace en el centro del empeño del hombre Occidental. Es más, ha estado presente desde hace mucho tiempo en el núcleo de la cultura Occidental. Los términos que mejor describen estas perspectivas antitéticas han sido y permanecen siendo *Cristianismo* y *Humanismo*. No hay otros que expliquen adecuadamente el conflicto de perspectivas que yacen en la raíz de la civilización Occidental y que puedan explicar la fuerte polaridad entre lo que los hombres hoy han llegado a valorar o detestar en la civilización Occidental.

1> Las Raíces de Occidente

Es difícil decir exactamente cuándo comenzaron la cultura y la civilización Occidental. Puesto que el lado humanista de la cultura Occidental precedió por mucho tiempo al lado Cristiano, los eruditos y los estudiantes de la cultura Occidental en siglos recientes, especialmente en el siglo diecinueve, no hay vacilado en aseverar que la civilización Occidental comenzó con los Griegos. Sus razones pueden variar: algunos son impulsados por un deseo de justificar una fe *ilustradora* anti-Cristiana en el hombre y en el progreso humano inicialmente desplegado en las ideas Griegas; otros, por un anhelo romántico de un pasado cultural no influenciado por el industrialismo moderno y la impersonal sociedad de masas. Pero recientemente han aparecido en el Humanismo fisuras abiertas. Por los pasados tres siglos el Humanismo ha sido exitoso en eclipsar la dimensión Cristiana de la cultura Occidental. Pero mientras aún se encuentra con mucho control el Humanismo está ahora en proceso de dividirse en puntos de vista opuestos e irreconciliables. En lugar de constituir una agenda unificada el Humanismo ha degenerado en una batalla intestina que en el siglo veinte, comenzando primero en Europa – el centro geográfico de Occidente – pero expandiéndose a toda región del globo, ha dirigido a guerras, revoluciones y brutalidades en una escala no vista antes en la historia. La misma idea de civilización Occidental ha sido cuestionada, pues muchos han lle-

gado a creer que los apreciados ideales de la cultura Occidental, lejos de actuar como una barrera contra estos devastadores sacudimientos, son mayormente responsables por ellos. Como resultado, las elites humanistas, quienes se hicieron cargo de la cultura con el propósito de expulsar al Cristianismo y sustituirlo por un concepto totalmente humanista de orden, han perdido ellos mismos la fe en su propia agenda. De hecho, ya ni siquiera pueden definir lo que es esa agenda. Una fiera disputa ha surgido entre los más antiguos tradicionalistas que creen en la bondad de la cultura Occidental y los más recientes multiculturalistas quienes la injurian como malvada y opresiva. Mientras los primeros buscan rejuvenecer sus creencias medulares, los segundos quisiesen solamente destruirla. Por esta razón, aquellos que rinden homenaje a la historia de Occidente han hecho un esfuerzo por recordar y restablecer los ideales esenciales de la civilización Occidental y de recuperar la visión esencial de orden tal y como fue primero concebido y hecho avanzar en el mundo clásico de pensamiento Griego. Si la civilización Occidental ha de redescubrir sus valores prístinos, se alega, debemos retornar a la fuente en la antigua Grecia. No podemos ya más intentar meramente de parchar las roturas, debemos hacer a un lado los escombros hasta dejar al descubierto el primer terreno y comenzar de nuevo. Allí en la mente Griega descubriremos los fundamentos sólidos sobre los cuales los pisos más altos de la arquitectura de la cultura y la civilización Occidental han estado

alguna vez y cómo una vez más pueden ser contruidos laboriosa y dolorosamente.

Aquellos que apoyan este redescubrimiento del clasicismo son en la mayoría de los casos los más *conservadores* entre los humanistas quienes todavía retienen el respeto y la adherencia al Cristianismo en un sentido cultural. Sin embargo, ellos no se encuentran solos en la defensa de este avivamiento de lo clásico; a ellos también se les unen muchos Cristianos. Ambos están interesados en reconstruir un modelo clásico en la educación, puesto que esta ha sido el área de la cultura en la cual el derrumbe del Humanismo ha aparecido como el más devastador y donde el ataque violento anti-Occidental ha alcanzado sus más grandes victorias. Los Cristianos, especialmente, recuerdan afectuosamente aquellos siglos medievales cuando el *Cristianismo* dominaba la agenda cultural y cuando, mientras leían historia, la *fe* y la *razón* eran socios entusiastas y compatibles en una empresa común. Ellos señalan a esta era como un tiempo cuando el orden prevalecía y Dios y la Iglesia se combinaban para mantener bajo supervisión los impulsos degenerativos de las tendencias irracionales y *pecaminosas* del hombre. El orden cultural era visto como divinamente inspirado, y mientras que los hombres podrían todavía actuar aquí y allá con una cruda anarquía, sin embargo una concepción general del bien y del mal predominaba para controlar la avaricia bárbara del hombre y refrenar sus pasiones como para prevenir un derrocamiento de

la civilización. El Cristianismo no era un impedimento innecesario, todavía menos una afrenta, para la civilización, tal y como había llegado a ser visto por la mayoría de humanistas contemporáneos, sino una barrera moral necesaria al innato salvajismo y veleidosa naturaleza de los hombres para quienes la conquista, el saqueo, y el ruinoso derramamiento de sangre incluirían, de otra manera, los medios para alcanzar sus metas de avance temporal. Los humanistas conservadores, por otro lado, quisiesen retornar a los modelos de la antigua Grecia solamente para redescubrir las ideas básicas que dieron origen a la Ilustración moderna cuando, tal y como ellos lo ven, el hombre organizó su mundo sobre los principios de la razón imparcial y la ley natural, y la ciencia, la democracia, y la racionalidad económica fueron el resultado. La cultura y la civilización que brotaron a partir de allí, habiendo perdido su atracción en tiempos recientes, deben ser revividas. El Cristianismo podría ayudar en tanto que estimule esos ideales los cuales algunos humanistas ven como necesarios para el avivamiento de la civilización racional: métodos y procedimientos abiertos tanto intelectuales como científicos, supresión de tenencias fanáticas, y el impulso de maneras y gustos considerados como inseparables de la conducta y el discurso civilizado, e.d., el código del caballero.

El problema con esta rama más conservadora de pensamiento, especialmente en los círculos Cristianos, es su falla en entender

que el Cristianismo puede haber adquirido en el pasado un tenue dominio en cuestiones de conducta ética este estuvo apenas ligado a una agenda cultural distintivamente Bíblica. De hecho, los Cristianos empaparon muchas de sus ideas sobre cultura y civilización con el pensamiento clásico de Grecia y Roma. Así pues, la idea de cultura probó ser un híbrido de Cristianismo y Humanismo. El Cristianismo fue visto como simplemente supliendo lo que estaba faltando en la perspectiva humanista, a decir, una visión del verdadero Dios y fe en Su salvación. Sin embargo la salvación, en esta concepción, fue reducida a una salvación de escape, una negación efectiva de un ideal de reino total. A los hombres no se les enseñó que la Escritura provee una agenda cultural propia y, si los hombres han de vivir una vez más apropiadamente en términos del propósito de *dominio* de Dios para el hombre lo deben aprender incontaminado a partir de esa fuente. Muchos en ese tiempo no podían ver que el antiguo pensamiento clásico era un producto de la rebelión *pactal* del hombre y servía para impulsar un programa total anti-Dios a favor del hombre. Como resultado, el genuino Cristianismo Bíblico fue comprometido y no podía sustentar su dominio en el Occidente una vez que los hombres, atraídos al Humanismo, gradualmente se dieran cuenta que podían moldear la agenda cultural totalmente sobre fundamentos Humanistas y no aceptaran someterse a lo que, para ellos, era una perspectiva ético-religiosa extraña y culturalmente irrelevante.

Hoy se puede ver que la fe confiada del Humanismo es una clara falsa ilusión. El control del Humanismo de la agenda cultural está provocando la muerte de la cultura y la civilización. El Hombre Occidental se encuentra moralmente sin timón en un vasto océano que está siendo sacudido por fieros vendavales, y la rajada embarcación que constituye su civilización muestra alarmantes signos de estarse partiendo a pedazos. Todo esto mientras se desarrolla una batalla entre los ocupantes sobre quién es el mejor equipado para pilotear la nave lo mismo que adónde debiera ser esta dirigida para el bien de todos. ¿Debiesen prestar atención a quienes sugieren que los ideales del hombre clásico necesitan ser recobrados con el propósito de revivir la visión perdida de la cultura que hizo a Occidente lo que es, en primer lugar? ¿Debiésemos aceptar el argumento de aquellos que quisiesen restaurar los ideales desplazados representados por la síntesis medieval entre Cristianismo y Humanismo? ¿Puede tener éxito tal operación de salvamento? ¿Será posible rehacer la civilización Occidental sobre la misma base de la cual surgió primero? Si es así, ¿por qué debiese uno aceptar que resultará mejor la segunda vez?

Es esencial repensar el proyecto entero de la civilización Occidental, no porque la cultura Occidental se encuentre irremediablemente perdida y debiese ser reemplazada por algo más. El hombre simplemente no puede inventar culturas y civili-

zaciones a su antojo, pues estas se desarrollan como productos de la historia la cual, en el análisis final, es soberanamente determinada por Dios. Sin embargo, el hombre es responsable por el uso de los materiales que le han sido dados para dar forma a la cultura y por la escogencia de los ideales apropiados que debiesen guiar su esfuerzo. ¿Cómo ha desarrollado cultura el hombre Occidental? ¿Sobre qué estándar ha buscado erigirla? No hay sino dos opciones disponibles: aquella que viene de Dios en su Palabra revelada, o aquella que surge de la imaginación del hombre oscurecida por el pecado. En ningún momento es posible ninguna mezcla o confusión. Todos los intentos de síntesis por parte del hombre le han dirigido inevitablemente a rechazar la *primera* opción por causa exclusiva de la *segunda*. Al principio estas eran, admitimos con facilidad, ideales de los antiguos pensamientos Griegos. Así que, con el propósito de reexaminar los principales ideales que han contribuido a hacer de la cultura Occidental lo que es y que han ayudado a contribuir a su estado presente de declinación, es necesario comenzar con los Griegos.

2> *El Legado de Grecia*

En el mundo de la erudición, ciertamente desde el Renacimiento pero más especialmente en los dos siglos pasados, que se ha vuelto al estudio de la cultura y la civilización Griegas en busca de las raíces de nuestro propio pasado y cultura, se ha vuelto

común hablar de algo llamado “el carácter distintivo de la mente Griega...”¹ En otras palabras, en algún momento del pasado Griego seremos presentados con un conjunto de nociones comunes acerca de la vida, el mundo y los que constituye el lugar del hombre en él que formaban la base sobre la cual un pueblo único pasó de un estado migratorio primitivo a un estilo de vida establecido y permanente. Era “Griego” porque difería de otros ideales culturales, y era “mente” porque resultó de la auto-conciencia reflexiva. Los Griegos, supuestamente, fueron los primeros en pensar acerca de la cultura y la civilización como productos del pensamiento, más que meros accidentes, el resultado del ingenio racional. Los Griegos, se nos dice, llegaron a verse a sí mismos como poseyendo la capacidad de hacer cultura siguiendo el esquema de las ideas – ideas que, debido a que supuestamente representaban la naturaleza de las cosas, poseían inmutabilidad y autoridad. Esta capacidad para la auto-reflexión mental, se argumenta, ha posibilitado a los Griegos a convertirse en los fundadores de la civilización Europea, u Occidental. Bruno Snell, por ejemplo, afirmó que “El pensamiento Europeo comienza con los Griegos. Ellos lo han hecho lo que es: nuestra única forma de pensamiento; su autoridad, en el mundo Occidental, es indiscutible... usamos este pensamiento... para enfocarnos en... la verdad... con su ayuda

1. W.K.C. Guthrie, *Los Griegos y Sus Dioses*, (Boston: Beacon Press, 1955), p. xii.

esperamos asir los principios incambiables de esta vida.”²

Es sin duda verdad que los ideales Griegos aparecen ante nosotros como una auto-conciente identidad cultural y civilizacional. En general y a través de la historia Griega podemos reconocer una sociedad común que comparte los mismos valores y perspectiva de la vida. Este auto-reconocimiento y adherencia cultural Griegas alcanzaron su más alta articulación con la formación de la filosofía. En consecuencia, cuando pensamos acerca de los ideales Griegos, pensamos sobre Platón y Aristóteles. Hubieron otros, pero estos dos hombres los excedieron en mucho en notoriedad e influencia. Si la filosofía forma el pináculo de la auto-reflexión cultural Griega entonces Platón y Aristóteles son las mentes principal en la formación de la filosofía. Otros pensadores son siempre juzgados por los cánones de pensamiento definidos por estos dos sobresalientes genios.

La razón para el predominio de la filosofía en el mundo de los ideales Griegos puede encontrarse en la principal característica de la filosofía Griega, la creencia de que un verdadero orden social y civilizacional era concebible como una lógica “científica” para todos los hombres.³ El hombre podía cons-

truir una cultura total que reflejaba una racionalidad inherente en su mente. La mente Griega creía apasionadamente en la capacidad innata del hombre de comprender la naturaleza total de la realidad, incluyendo tanto su forma como los procesos que la animan. Tal entendimiento abarcador de la realidad era necesario para expresar completamente la vida total del hombre dentro del marco de esa realidad, para moldear la vida según un programa civilizacional ordenado. Fue en el desarrollo de la filosofía que esta fe Griega en la habilidad de la mente del hombre de conseguir tal “entendimiento abarcador” hubo alcanzado su más grande foco intelectual. En la civilización Occidental, hasta este día, la creencia en una cultura y en una sociedad totalmente construidas científicamente ha permanecido como un artículo cardinal de fe.

Aún así, aunque es fácilmente argumentable que los ideales Griegos adquirieron su formas conceptuales y verbales más sistemáticamente inteligibles con la llegada de la filosofía, está lejos de la verdad decir que esos ideales se encontraban sin expresión fuera propiamente de la filosofía. Ellos han de ser encontrados en la poesía, el drama, la escultura y también la arquitectura. Cualquier manera en la que el pensamiento Griego pudiese tomar forma sea de forma verbal o

2. Bruno Snell, *El Descubrimiento de la Mente y la Filosofía y Literatura Griegas*, (New York: Dover Publications, Inc., 1982), p. vi.

3. Eric Voegelin, *El Mundo de la Polis: Orden e Historia*, vol. II, (Baton Rouge: Louisiana State University Press, 1986), p. 28.

de composición visual puede ser vista como un vehículo apto para los ideales Griegos. Toda área contribuía a su propia manera de sustentar la visión Griega de la vida. Cada rasgo cultural emergía a partir de valores generalmente aceptados y servía para impulsar una agenda total común. En todo sentido la mente Griega buscaba dar expresión a un ideal civilizacional y cultural distintivamente Griego. Es en esta noción de una "*paideia*" total que los Griegos, como Werner Jaeger lo caracterizó, "constituyen un avance fundamental para los grandes pueblos de Oriente, un nuevo período en el desarrollo de la sociedad."⁴ Al decir esto quería decir que los Griegos, a diferencia de la antigua Babilonia o Egipto, miraba la cultura como el producto de un esfuerzo deliberado por el hombre mismo en lugar de verla como una creación de los dioses que requería de los hombres aceptación y sumisión incuestionables. Aquí llegamos al centro religioso y ético de los ideales Griegos que han significado tanto para los pensadores Occidentales, esto es, el surgimiento de un hombre autónomo, liberado de la superstición y a cargo de su propio destino. Es una visión del hombre quien busca conocer la razón de las cosas y para quien las fuerzas y poderes irracionales, los oscuros diseños de la naturaleza y las abstractas e inaccesibles deidades poco a poco retroceden empujadas por la luz del auto-

propósito humano y sus energías creativas. Para los Griegos la cultura y la civilización no son cosas que han de tomarse basados en la autoridad, sino que debiesen ser los resultados finales del proceso de pensamiento humano concientemente aplicado. Solo entonces, asumían, puede el hombre estar confiado de que la cultura y la civilización le pertenecen y elevan su humanidad esencial por encima de un servilismo naciente y una humillación degradante, elevándole así, en verdad, ¡al nivel mismo de deidad!

La esencia, entonces, de lo que consideramos como "el legado Griego" ha de encontrarse en este ideal cultural centrado en el hombre y originado en el hombre. Este punto central de partida *religioso* es el vínculo conectivo entre todas las expresiones de la cultura Griega. En la épica o la lírica poética, el drama trágico o cómico, con los filósofos desde los Presocráticos hasta Plotino, o en la construcción de ciudades, su arte y templos, somos confrontados con el empeño del hombre por definirse a sí mismo y a su mundo a partir de las profundidades de sus propios recursos psicológicos. Aunque la apariencia externa en cada uno de estos aspectos de su cultura parecen sugerir que los Griegos estaban simplemente consintiendo una tendencia natural humana por entender la naturaleza de la realidad o de encontrar placer en la creación artística, de hecho, estaban apasionadamente motivados por un intenso deseo de articular el significado del hombre y de justificar su existencia,

4. Werner Jaeger, *Paideia: Los Ideales de la Cultura Griega*, vol. I, trad. por Gilbert Highet, (New York: Oxford University Press, 1945), p. xiv.

limitada como se encuentra por la finitud y la muerte, en un mundo en el que la vida humana es una batalla contra un Destino inescrutable y en última instancia inexplicable. Para ellos parecía que precisamente porque debía vivir su vida contra el trasfondo de un Destino último, solo el hombre puede y debe proveer una definición de sí mismo y de sus esfuerzos, pues ninguna otra fuente de propósito y significado estaba disponible sino lo que él mismo, a partir de sus propios recursos internos, determinaba. Los Griegos no aceptaban que el hombre fuese creado por un Ser sobrenatural o Dios y derivara así la justificación de su existencia a partir de la Deidad. En consecuencia, el hombre era dejado a sí mismo, y los Griegos estaban confiados en que habían descubierto el verdadero ideal del hombre.

Ahora, el estudiante conocedor de la historia y la cultura Griega expresará en este punto, sin duda, una objeción. Insistirá, entendiblemente, en que los antiguos Griegos eran, como sus vecinos del Este, profundamente ligados a todo un mundo de dioses y diosas, y que los Griegos, por todas partes, en el claro registro de sus ruinas arquitectónicas (templos, estatuas, alfarería), demostraban una devoción dispuesta y ávida hacia divinidades cuyo control de sus vidas y sustentos parecía no tener la más mínima conexión, cualquiera que fuera, a alguna cosa racional. Encontrará en los lugares recónditos más oscuros de la conciencia Griega una adhesión a poderes ultraterrenos

cuya presencia ellos imaginaban que yacía escondida en cada acontecimiento de la naturaleza y que se requería su apaciguamiento para garantizar la prosperidad regular de las cosechas, rebaños y manadas. Para muchos Griegos, ignorantes de las fuerzas y leyes de la naturaleza como son entendidas por la ciencia moderna, su experiencia para estar activada por misteriosos seres espirituales a quienes el hombre debía dar apropiada satisfacción si es que esperaba ganar el favor de su poder y benevolencia. ¿Cómo, se preguntará, puede decirse que los Griegos sintieron algún sentido de libertad y auto-determinación en contra de la necesidad de comportarse servilmente ante lo que claramente sabemos eran nada más que supersticiones crédulas y fantasías primitivas?

Uno no puede suponer que tal objeción esté fuera de lugar. No sugerimos que los ideales Griegos “brotaron como una explosión de la cabeza de Zeus”, es decir, que estuviesen siempre presentes en su forma madura. Tampoco aseveramos que ciertos Griegos, cuyo esfuerzo en moldear los ideales en una manera auto-conciente, no hayan tenido que luchar contra las nociones religiosas populares del pueblo en general. En verdad que los Griegos eran un pueblo profundamente religioso y estaban tan llenos de error en el objeto y contenido de sus expresiones religiosas como lo estaba cualquiera de los pueblos en el mundo antiguo. No obstante, los Griegos estaban más profundamente preocupados en hacer aún esta área

más vulnerable de su perspectiva tan sujeta a una total visión cultural como fuese posible; el lugar de los dioses era reconocido, pero el hombre era elevado y puesto a la par de ellos. Esta es la razón por la cual la mente Griega inventó la religión del Olimpo. Fue desarrollada precisamente con el propósito de colocar el encuentro del hombre con los poderes mayores de la vida y la naturaleza en un marco de orden racional y así justificar el lugar del hombre en el esquema de las cosas. El Destino (la Fortuna) podría continuar teniendo la última palabra, pero el hombre no necesita sentir que su propia existencia limitada fuese en alguna manera la menos importante por el hecho de que debe morir que aquella de los dioses que no conocían muerte y quienes presumiblemente trataban al hombre, como en el Oriente, como un mero objeto de absoluta indiferencia o condescendiente arbitrariedad. Pues los dioses del Olimpo eran concebidos como estando en necesidad del hombre en tanto que el hombre estuviese dependiente de ellos. El ideal Griego de cultura era traer a los dioses y a los hombres a una relación más cercana con el propósito de, finalmente, producir de ambos una fusión.

La mente Griega se distingue por una búsqueda del orden total cósmico. Tal visión del orden era necesaria para la concepción Griega de la cultura y la civilización, pues no imaginaban, como lo hace nuestra edad moderna, que la vida humana pudiese tener sentido teniendo como trasfondo una falta de

significado última y aleatoria. Al mismo tiempo, los Griegos no estaban satisfechos meramente con asumir la existencia del orden; el de ellos era un deseo apasionado por comprenderlo conceptualmente, y de ese modo traerlo dentro del dominio del control intelectual del hombre. Hacer esto significaba establecer al hombre mismo en el centro de ese orden cósmico, como aquel para quien, en último análisis, ese orden existía.

La mente Griega contrastaba en dos maneras significativas con las perspectivas modernas. Primero, los Griegos tenían un profundo temor al caos, de una naturaleza circundante que era amenazante y se encontraba fuera de control. A diferencia el hombre moderno quien ve el caos como un poder generativo en y por sí mismo, los Griegos miraban al caos solamente como degenerativo y destructivo. Segundo, mientras los Griegos buscaban obtener una comprensión racional del orden, las causas y la naturaleza del orden no eran, como piensan los pensadores modernos, una creación absoluta de la razón humana. El orden era mayormente un producto dado por las fuerzas y factores fuera del completo control humano. El hombre, para los Griegos, se encontraba dependiente de un orden que no era del todo producto de su propia fabricación. Los Griegos, al menos inicialmente, no pensaban acerca de la naturaleza del orden como impersonal, sino como personal, una obra de los dioses, quienes no eran concebidos como los creadores del orden, sino meramente

considerados como necesarios para su existencia continua. Los dioses no se levantaban por encima, sino que pertenecían junto con los hombres dentro del mismo orden cósmico, dentro de la misma concepción de cultura y civilización. Recurrir a los dioses era necesario cuando el hombre se sentía no totalmente capaz de pensar y actuar por sí solo. Es más, aún los dioses no se encontraban totalmente por encima de la amenaza del caos, pues ellos también exhibían pasiones oscuras que a menudo les colocaban los unos contra los otros en una lucha de voluntades. Esto debió haberle recordado a los Griegos cuán frágil era la naturaleza del orden que ellos desesperadamente esperaban que sirviera a los intereses del hombre.

Los ideales Griegos, igual a otros que aparecen en la historia humana, siguen el patrón de surgimiento histórico, maduración y decadencia. Estos ideales no simplemente se desenvuelven según un principio uniforme de desarrollo. Hay una batalla interna entre diferentes puntos de vista en busca del dominio de la herencia cultural. Sin embargo, aunque hay discontinuidades significativas, es posible resaltar los temas esenciales en su desarrollo de tal forma como para dejar al descubierto sus interconexiones. Comenzamos con Homero y la contribución Homérica a los ideales Griegos. Este no es un punto de partida arbitrario, sino el que fue reconocido por los mismos Griegos.

3> Homero, el Teólogo

Homero, el nombre que permanece como el del autor de aquellas grandes obras de poesía épica, la *Iliada* y la *Odisea*, es universalmente considerado como el padre fundador de los ideales culturales Griegos. Esto era porque los ideales culturales Griegos eran, más que cualquier otra cosa, el producto de la mente. Ser Griego significaba no tanto pertenecer a un grupo étnico particular sino haber sido educado en términos de un conjunto de ideas dadas y racionalmente construidas. Una cultura que se ve a sí misma como el resultado del pensamiento y el aprendizaje necesariamente coloca un gran énfasis en la educación literaria como el medio principal por el cual esa cultura es transmitida a sus miembros. Para los Griegos Homero era la base de su literatura y por ende de su educación. Esto no era simplemente porque Homero fuese la literatura más antigua existente en el sistema Griego de aprendizaje, sino porque los poemas Homéricos eran el canon de la ortodoxia para todo Griego educado. H. I. Marrou señaló: "A lo largo de toda su historia la educación literaria Griega mantuvo a Homero como su texto básico, el foco de todos sus estudios."⁵ R. R. Bolgar no ha sostenido menos que eso al afirmar que "a lo largo de la historia Griega, pero en particular durante la época dorada

5. H. I. Marrou, *Una Historia de la Educación en la Antigüedad*, trad. por George Lamb, (New York: A Mentor Book, 1964), p. 29.

de Atenas, ellos [los poemas Homéricos] jugaron el mismo rol que la Versión Autorizada [de la Biblia] jugó posteriormente en Inglaterra.”⁶ Así de simple, Homero era la *Biblia* de la educación Griega. Él proveía la *palabra* autoritativa para la cultura Griega como un todo, y no simplemente al comienzo o como una parte de los ideales Griegos. “Homero dominaba la educación Griega mucho más absolutamente de lo que Shakespeare dominaba la educación Inglesa o Dante la Italiana.”⁷ Generaciones de Griegos refinados no podían imaginarse que uno pudiera ser educado – ¡y por lo tanto aún ser Griego! – sin una meticulosa formación básica en Homero. Tampoco asumían que Homero era útil simplemente por un período de tiempo de estudios formales, sino que lo consideraban como una palabra *viviente*, para ser continuamente consultado además de meditado. “Hay muchos testimonios del hecho de que cada Griego refinado tenía una copia de las obras de Homero a su lado...”⁸ Claramente, para los Griegos, Homero no era una moda pasajera, ni un pasado intelectual muerto. Él permanecía en el corazón de lo que los Griegos pensaban y creían. Si Homero representaba para los Griegos el fundamento de su pensamiento entonces él

debe constituir el punto de partida en cualquier estudio acerca de sus ideales.

Sin embargo sería un error pensar que el valor de Homero en la idea Griega de educación reside en la cualidad estética de sus construcciones poéticas. Nosotros los modernos colocaríamos a Homero en nuestra categoría de *literatura*. Así que, la *Ilíada* y la *Odisea* nos interesarían principalmente como piezas características de talento literario. Las examinaríamos por su forma poética e ingenio artístico. La elegante simplicidad del ritmo verbal y la cadencia, el juego de palabras, las metáforas y los recursos estilísticos son el tipo de cosas que llamarían nuestra atención. Visto de otra manera Homero no es sino un ejemplo más de relato mitológico primitivo.

Sin embargo, si vamos a entender las nociones fundamentales de los ideales culturales y civilizacionales Griegos debemos ver a Homero como “algo más que una figura en el desfile de la historia literaria.”⁹ El largo favor del que disfrutó en el mundo antiguo clásico fue mucho más que literario y estético. El valor era inherente al contenido. “No era primariamente como una pieza maestra de literatura,” – comenta Marrou, “que la épica era estudiada, sino porque su contenido era ético, un tratado acerca de lo ideal.”¹⁰ La importancia de Homero para los

6. R. R. Bolgar, *La Herencia Clásica y Sus Comienzos*, (New York: Harper & Row, Publishers, 1954), p. 17.

7. H. I. Marrou, *Una Historia de la Educación en la Antigüedad*, p. 29.

8. Marrou, p. 29.

9. Jaeger, *Paideia*, p. 36.

10. Marrou, *Una Historia de la Educación en la Antigüedad*, p. 30.

Griegos reside en el hecho de que él era “el creador y moldeador más grande de la vida Griega y del carácter Griego.” Era un intento por parte de un hombre sin el verdadero conocimiento de Dios de dar forma a una verdadera explicación del hombre. Entonces, a este respecto, “La épica de Homero contiene el germen de toda la filosofía Griega. En ella podemos ver claramente la tendencia antropocéntrica del pensamiento Griego, la tendencia que contrasta tan fuertemente con la filosofía teomórfica de Oriente quien mira a Dios como el actor exclusivo y al hombre como el instrumento meramente u objeto de aquella divina actividad.”¹¹ Lo que Homero enseñaba, no cómo lo enseñaba, era el interés principal de los Griegos.

El rol de Homero como educador de los Griegos puede ser descrito mejor como el de un *teólogo*. Aunque los ideales Griegos iban a poseer una “tendencia antropocéntrica”, no obstante, emergieron como el producto de un punto de vista teológico. Los Griegos, como era verdad con respecto a todos los hombres en las culturas antiguas, no podían pensar del hombre sin referencia al mundo de lo divino. La mente moderna atribuye condescendentemente esto al primitivo período del hombre antiguo en el proceso evolutivo. Así pues, se dice que “el hombre Homérico aún no ha despertado al hecho de que él posee en su propia alma la fuente de sus poderes... los recibe como una

donación natural y conveniente de parte de los dioses.”¹² La ilustración moderna del secularismo afirma que “el hombre primitivo siente que está íntimamente unido a los dioses; todavía no se ha levantado a sí mismo a una conciencia de su propia libertad.”¹³ Pero, poner el asunto de esta manera distorsiona el pensamiento de Homero. Aunque es verdad que en la épica las acciones de los hombre se encuentran regularmente mezcladas con las acciones de los dioses, no es simplemente porque a Homero le faltaba lo que el hombre moderno piensa que es la esencia del hombre, a decir, la *libertad*. Lo que el hombre antiguo buscaba – Homero y los Griegos especialmente – era una explicación de la existencia humana que le elevara a un status similar al de los dioses. La libertad, como una cualidad abstracta, no era lo que importaba, sino un ideal ordenado de vida que integrara al hombre en una armonía cósmica total. Simplemente era inconcebible librarse de los dioses, pero imaginar un mundo de dioses y hombres organizados juntos en dependencia mutua era de máxima importancia. Y para los Griegos Homero es quien, más que ningún otro, satisfizo este anhelo.

Aunque los dioses figuran prominentemente en Homero, el énfasis principal en su poesía es sobre las acciones de los hombres. En esto él (y los Griegos) difieren de las culturas teomórficas del Este donde todas las

11. Jaeger, pp. 36 & 53.

12. Snell, *El Descubrimiento de la Mente*, p. 21.

13. Snell, p. 31.

historias hablan de los dioses y casi nada más que los dioses. Homero está interesado en acentuar la importancia del hombre en el esquema de las cosas, pero no *el hombre en general*; el mundo de Homero estaba lleno de grandes hombres, con guerreros y héroes. Homero no era igualitario. Su principal interés no es la igualdad del hombre, sino la gloria del hombre. Él vivía en un mundo aristocrático, un mundo caracterizado por un rey y su séquito. Naturalmente, su idea del hombre se centraba en la noción de que algunos hombres son por naturaleza y habilidad – por no mencionar la necesidad social – simplemente superiores a otros hombres. La característica primaria de este mundo no era la de la mente y la contemplación, sino una centrada en la actividad, y especialmente la actividad competitiva. El ideal de hombre que Homero concebía era alcanzado por la destreza, la valentía, y el triunfo físico en combate o en los juegos. Era también un mundo regido por un código noble de honor y auto-glorificación. Dos aspectos de este ideal caballeresco parecen ser: el hombre ideal debe sobrepasar a todos en las grandes contiendas de guerra, y también debe exhibir grandes cualidades de estrategia y oratoria. Debe poseer la habilidad de inspirar confianza en sus compañeros guerreros con palabras y por medio del discurso. No hay necesidad de decir que era un mundo para quien la juventud y el vigor representaban la mejor que la vida tenía para ofrecer.

Sin embargo, no debiésemos imaginar que los héroes de Homero simplemente se conforman a lo que en nuestro entendimiento sería descrito como un cuento romántico de aventuras. Los héroes de Homero no son figuras románticas en una aventura de galanterías. Cuando Homero, especialmente en la *Iliada*, escoge como su tema un episodio de guerra él hace esto con la intención de colocar la vida del hombre dentro de un contexto interesantísimo de agonizante sufrimiento y cruel dificultad que le expone a los terrores de la muerte dolorosa y violenta. Es una descripción de la vida del hombre teniendo como fondo el caos total y el desorden en el que el fracaso en honrar a los hombres y a los dioses es presentado como la raíz esencial del problema en el cosmos. Aquí sería añadido que fue principalmente la *Iliada* la que atrajo la atención de los antiguos hacia Homero, y no tanto la *Odisea*. Pues fue aquí en donde el interés de Homero por definir el problema del desorden – más bien, en qué medida el orden y el desorden se interpenetran el uno al otro – un problema que inquietaba tan profundamente a la mente Griega en general, iba a ser expresado con tan aguda ansiedad. ¿Cuál es la fuente del mal? ¿Es el mal más fundamental que el bien? Estas son las cuestiones subyacentes que los héroes de Homero están intensamente deseosos de resolver.

Así pues, descubrir en Homero la clave del desorden es encontrar la solución hacia el orden. Quizás la palabra “solución”

es una palabra demasiado fuerte, pues cualquier resolución al problema del hombre – en realidad, a la conmoción básica en el cosmos – no es finalmente resuelta en Homero. En el mejor de los casos Homero busca para el hombre un *modus vivendi* en medio de una existencia que se tambalea sobre un precario borde. Pues si el honor y la auto-gloria constituyen los ideales éticos esenciales de dioses y hombres y son los únicos motivos a partir de los cuales sus acciones pueden aspirar a algún significado productivo, entonces los dioses y los hombres igualmente estarán prestos a ofenderse cada vez que sientan la menor pizca de desaire en asuntos de tanto peso. Cuando eso ocurre la guerra y sus consecuencias acompañantes son el resultado inevitable. Irónicamente, al mismo tiempo, Homero considera la experiencia de la miseria y la crueldad de la guerra precisamente necesarias para ofrecer el medio por el cual se les puede dar oportunidad a las acciones heroicas de triunfar sobre los poderes destructores del caos y el desorden. La guerra es una metáfora para la vida del hombre como un todo, pues la vida del hombre es necesariamente una de privaciones, sufrimiento, y todos llegan a la vejez y a la muerte. Si el hombre ha de alcanzar un valor duradero para sí mismo debe confrontar como un héroe su experiencia y dejar un nombre y un ejemplo a seguir. Debe cobrar ánimo, fuerza, y sin temor decidir y no mostrar debilidad o timidez, lo cual sería deshonoroso además de cobardía vergonzosa. Le debe negar a la muerte su verdadero significado como la

maldición de Dios por el pecado y la rebelión y verla con desafío y menosprecio.

Desde el punto de vista teológico en Homero no es un asunto simple como decir que el orden reside en las deidades del Olimpo y que el desorden reside en el hombre. Ambos por igual son confrontados con el factor destructor del desorden y el caos. Sin embargo, los poderes mayores de los dioses les dan una ventaja mayor en el mantenimiento del orden total ante la amenazante confrontación del desorden cósmico. Al no ser amenazados por la muerte o la vejez están menos obligados a considerar el problema como lo está el hombre. Es esta certeza de la muerte lo que eleva tan intensamente el problema del orden para el hombre. ¿Qué propósito posee la vida si esta debe terminar o si el hombre debe experimentar durante su breve existencia tal intensidad de sufrimiento y aflicción? La solución de Homero a este problema es el *héroe*. En el héroe se puede ver emerger una cualidad más que ordinaria y proveer una guía y modelo al ir en pos del sentido de significado para la vida del hombre. Como comenta Voegelin, “el héroe en el sentido Homérico puede ser definido como el hombre en cuyas acciones se pone de manifiesto un orden de ser más que humano.”¹⁴ El hombre debe aprender a vivir en términos de un ideal de hombre que el hombre ha de alcanzar por sí mismo. Los dioses pueden prestar ayuda,

14. Voegelin, *El Mundo de la Polis*, p. 104.

pero no pueden reemplazar la necesidad del hombre de actuar en su propio beneficio.

4> *Un Mundo Apto para los Héroes*

Para Homero, como para los Griegos en general, el desorden, el sufrimiento, y finalmente la muerte eran los problemas fundamentales que confrontaban al hombre en el cosmos. Si el hombre quisiese encontrar la clave al orden él debía encontrarla en las causas del desorden. Para Homero se ha de encontrar una explicación que implique al hombre en las causas del desorden, pero solo de tal manera que deje al hombre libre de completa responsabilidad. Es más, las causas del orden deben ser tales que el hombre pueda ser considerado como teniendo los recursos y habilidad, tanto como cualquier dios, en su realización última. El hombre debe ser visto como necesario tanto para el desmoronamiento como para el restablecimiento del verdadero orden. De esta manera el hombre será visto siendo tan esencial para su propio bienestar en el cosmos como son los dioses, pues sus poderes creativos y auto-definición moral son tan indispensables como las de ellos.

En Homero, el problema del desorden es definido en tres niveles: primero, tal y como este surge entre hombres y dioses; segundo, cómo confronta al hombre en el nivel social; y, por último, cómo se origina entre individuos. En la *Ilíada* aparecen todos los tres aspectos del problema. Lo que es

más, todos ellos son vistos como interrelacionados; el problema en un nivel hace emerger el problema en los otros dos niveles. La guerra evidencia la existencia del problema, pues la guerra resulta del desmoronamiento del orden. Si no hubiese alteración en el orden cósmico la guerra no hubiera surgido. Sin embargo, lo que parece interesar más a Homero es que la guerra en sí misma, la conducta que ella misma propicia, ocasiona la más seria dimensión del problema. Pues en la *Ilíada*, como Havelock menciona, “una gran riña, una lucha sin tregua... ha de proveer el tema que da control a toda su historia...” Es el propósito de Homero hablar de “un conflicto entre dos hombres de poder, en cuyas pasiones y decisiones la fortuna de todo el grupo se halla involucrada... Sus acciones y pensamientos alteran la conducta y afectan la fortuna de la sociedad en la cual se mueven.”¹⁵ La *Ilíada* trata de la discordia entre dos héroes, sus respectivos reclamos de honor que ellos creen que se merecen y el deshonor que cada uno ha hecho al otro. Este fracaso en brindar el honor apropiado ha dirigido al desastre y es la causa por la cual han ido a la guerra, y la guerra que a su vez era también un asunto de honor, se encuentra a sí misma en peligro de pérdida total. A menos que el igual honor debido a ambos pueda ser apropiadamente restaurado el desorden y la destrucción amenazan con cubrir toda la sociedad.

15. Eric A. Havelock, *Prefacio a Platón*, (Cambridge: Harvard University Press, 1963), pp. 65 & 66.

Aquí, Homero es capaz de decir, se encuentra un problema humano de proporciones divinas, pero uno en el que la única solución disponible se ha de encontrar de alguna manera solo en el hombre. Es una historia diseñada para señalar una moraleja: el fracaso en dar el honor apropiado al hombre se encuentra tanto en la raíz del problema del hombre como el de deshonrar a los dioses. Los dioses no son los únicos seres que tienen derecho a ser honrados. En la mente de Homero el hombre tiene igual derecho. La estima del hombre es de ese modo levantada al nivel de la divinidad en tanto que algún aspecto ético de realidad esté involucrado, pues deshonrar a los hombres no es menos ofensa que deshonrar a los dioses. Y si la indignidad a los hombres es el equivalente moral de la indignidad a los dioses entonces el hombre es al menos el igual ético de los dioses. Tal moral imperativo se encuentra fundamentado en la estructura de la existencia que abarca tanto a dioses como a hombres. Los dioses no tienen derecho a reclamar ya sea prioridad o superioridad sobre los hombres en términos éticos.

Ha sido necesario enfatizar este punto pues la mayoría de nosotros hemos aprendido a pensar sobre la historia de la *Ilíada* como relacionada simplemente con una pelea por una mujer, Helena, a quien Paris, un príncipe de Troya, ha *robado* (con la complicidad dispuesta de Helena) de su esposo Menelao, un noble Aqueo. Aunque se alude a este aspecto de la historia en la

Ilíada, el interés de Homero con esta dimensión del problema es incidental. Lo que es más, la supuesta “prueba de Paris”, en la que tres diosas, Hera, Atenea y Afrodita, le presionan a que escoja cuál de ellas es la más deseable, si bien se alude a ello en la *Ilíada*, nunca es realmente mencionada. El principal asunto de la épica es la colisión de honor entre Aquiles y Agamenón. Otros incidentes tienen importancia solamente en la medida en que le permiten a Homero colocar lo que él cree es el problema central en un contexto moral mayor.

Sin embargo, a pesar de no ser mencionado, la “prueba de Paris” representa el trascendente dilema moral en el que el hombre simbólicamente aparece en el escenario trasero de la historia como una víctima. En la prueba Paris es confrontado con una escogencia de bienes. Cada bien es representado por una divinidad. Cada bien particular se conformaba a lo que en la mente de la mayoría de los hombres sería considerado como una posesión digna del hombre. Cuando Paris es abordado por las divinidades se nos da a entender que, en un nivel simbólico, el hombre se encuentra necesariamente en la obligación de escoger entre bienes últimos, que él no puede no escoger, y que, finalmente, cualquiera que sea la escogencia que él haga inevitablemente le envolverá en consecuencias negativas. Pues la escogencia de un bien traerá sobre él la ira de los otros. Puesto simplemente “Paris tuvo que escoger entre la disciplina férrea, una vida dedicada

al amor, o una vida con poder e influencia; la primera era el don de Atenea, la última era el don de Hera.” Cada una de las diosas ofreció un don específico: “Atenea victoria y heroísmo, Hera imperio sobre Asia y Europa, Afrodita la posesión de Helena, hija de Zeus.”¹⁶ El don que recibiera dependía de cuál diosa él juzgaba ser la más bella. En términos prosaicos ellas le ofrecieron superioridad cultural (Atenea), poder y dominación política (Hera), o una vida de placer, ocio y satisfacción material (Afrodita).

En la estimación ética Griega tal escogencia de bienes estaba destinada a dirigir al conflicto puesto que ninguno podía poseer todos los tres tipos de bienes a la vez. Es más, no tendría ningún sentido afirmar que una jerarquía de valores emerge de esta escogencia pues no hay una razón intrínseca por la cual un bien debiese ser visto como superior a otro. Paris no podía haber evitado el conflicto al escoger un bien diferente, puesto que la ira de los otros dos siempre se levantaría contra él. El mundo de las divinidades era inevitablemente una fuente de problemas para el hombre porque el celo por la prerrogativa estaba incrustado en el mismo tejido del cosmos. Los dioses, los seres superiores, no se encontraban menos en oposición los unos contra los otros que la que se experimentaba entre los hombres. Las fuerzas oscuras del caos son necesariamente dejadas a sus

anchas sobre el hombre sin importar cuál decisión ética él haga. Esto es simplemente para decir que la *Iliada* de Homero presenta una tragedia. Los hombres entran en conflicto con los hombres porque los hombres entran en conflicto con los dioses (el símbolo del hombre para los bienes últimos). La guerra, o el caos, no es meramente no es un derrumbe de la comunidad o la cordialidad en un nivel puramente humano; es una parte inevitable de la experiencia *cósmica*. Paris escogió el don de Afrodita. Enfureció a Hera y Atenea. Esto produjo el siguiente nivel del problema, la confrontación entre Aqueos y Troyanos.

La recompensa de Paris por escoger a Afrodita fue Helena. Pero Helena ya pertenecía a otro. Para que ella pueda volverse posesión de Paris ella debió ser tomada de alguien más. El simbolismo moral es aparente. No solamente deben los hombres escoger entre bienes *divinos* últimos, sino que la posesión de esos bienes en términos terrenales estaba destinada a producir conflicto entre los hombres, puesto que en la economía Homérica (y Griega) el que uno posea un bien último significaba privar a otro de él al mismo tiempo. El hecho de que Helena fuera ya la posesión de otro hombre enfatiza el punto de que el valor ofrecido por Afrodita no era de un orden inferior que aquellos ofrecidos por las otras diosas. Esto subraya el dilema moral, a decir, que los hombres se encuentran necesariamente confinados al conflicto los unos con los otros

16. C. Kerényi, *Los Héroes de los Griegos*, (Thames & Hudson, 1981), pp. 316 & 317.

acerca del tema de los bienes últimos. Para que uno pueda poseer un bien particular, otro debe ser privado del mismo. Pero los hombres, no menos que los dioses, no asumen amablemente la privación. Ellos, también, lo verán como un asunto de honor y de la misma manera demandarán venganza.

Así que, lo que aparece como un asunto trivial – una guerra por una mujer – lleva a engaño a menos que captemos la lección moral que el episodio tiene la intención de simbolizar. Para Homero esa lección es que el hombre está impelido a vivir en un mundo en el cual el honor, el requerimiento moral más alto, ineludiblemente dirige a los hombres a la confrontación los unos con los otros. Pero no es enteramente la falta del hombre; los dioses, aquellos representantes de los bienes que el hombre requiere para vivir la mejor vida posible, le fuerzan a hacer una elección. Cualquiera que sea el *dios* que él escoja producirá la ira de aquellos que rechace. El desorden es el resultado inevitable. La vida es completamente una gran tragedia, la necesaria representación de contradicciones en un nivel cósmico.

Este, entonces, es el trasfondo a los verdaderos intereses de Homero en su narrativa: el desmoronamiento del orden y el creciente desastre que se cierne dentro de las filas de los Aqueos (los ganadores preferidos de Homero) cuando en un asunto de honor sus dos hombres más grandes han llegado a la confrontación el uno contra el otro. Es una

colisión que se deriva del hecho del problema más amplio, la guerra misma, pues emerge en el contexto de la división apropiada del botín de guerra. Aquí, una vez más, se levanta una disputa acerca de las posesiones que dirige a una difícil situación moral.

El problema comienza cuando Agamenón, el *rey* del contingente Aqueo, reclama como premio de guerra a una mujer tomada en la captura exitosa de una ciudad controlada por los Troyanos. Ella es una hija de un venerado sacerdote del santuario de Apolo, quien en su pena se aventura a solicitarle a Agamenón que su única hija le sea devuelta previo pago de un rescate. Agamenón, con furiosa indignación, se rehúsa y, cuando el sacerdote persiste en su solicitud le amenaza con aplicarle un digno castigo. El sacerdote lleva su caso a Apolo con una oración pidiendo venganza sobre el líder Aqueo. Se le contesta con ira divina sobre los Aqueos en forma de una enfermedad mortal arrasa con el ejército. Puesto que tal desastre promete deshacer las victorias de la guerra y quizás aún desembocar en una derrota, alguien debe persuadir a Agamenón, aunque él sea el rey, a reconsiderar su tonta decisión de insultar al dios al tratar a su sacerdote con desprecio. Pero como los reyes gobiernan por la autoridad del Altísimo Zeus es un asunto riesgoso decirles que van caminando por el sendero equivocado. El intrépido Aquiles, el más grande guerrero Aqueo, da un paso al frente y denuncia las acciones de Agamenón en su cara en presencia de los otros nobles. Aga-

menón inmediatamente siente que están en juego su honor como rey y su posición de ser el primero en escoger las recompensas de la batalla. Con amarga ira conviene en soltar a la chica, pero a cambio de otra que a su vez se ha vuelto el premio de otro hombre. Y puesto que Aquiles le ha insultado demanda que Aquiles sea quien le dé su más grande premio, una preciosa chica que le había sido otorgada en una ocasión previa. Esto agrava el problema, pues ahora Aquiles siente que él ha sido defraudado en su honor, y se marcha de la pelea y es más, rehúsa tomar parte en ella. Con la pérdida de su más grande guerrero los Aqueos comienzan a perder la guerra. En batalla tras batalla en las planicies al frente de la ciudad de Troya, los Troyanos, bajo el liderazgo de Héctor, fuerzan a los Aqueos a retroceder a sus naves. A menos que Aquiles pueda ser persuadido a reunirse con sus compañías estas están amenazadas con la derrota a manos de los Troyanos. Aquiles permanece inflexible, su ira es implacable. Hasta induce a su madre, la diosa Tetis, a persuadir a Zeus a traer derrota sobre los Aqueos hasta que ellos aparten el deshonor que Agamenón ha traído sobre él. Agamenón, en su orgullo, rehúsa sucumbir ante él hasta que Aquiles reconozca que la autoridad y el privilegio de los reyes, quienes reciben sus cetros de manos de Zeus, no son negociables. Él prefiere llevar adelante la guerra sin Aquiles, pero pronto aprende que su decisión es fatal. La guerra, en lo que a los Aqueos concierne, toma un rumbo para lo peor.

Homero no ofrece una resolución real a este problema excepto, quizás, decir que las fuerzas oscuras del caos y de la ira deben simplemente consumirse a sí mismas antes de que el orden pueda ser restaurado. Pues el problema del desorden no es meramente un asunto concerniente al ámbito exterior, sino que abarca por entero la misma naturaleza del hombre. Parece erguirse desde las mismas profundidades de su ser. Es más, se encuentra en la naturaleza del imperativo moral, la demanda de honor, requerir venganza de todos aquellos que violen su código. Pero la venganza, no encontrándose fundamentada en ningún principio más que el del honor *per se*, fácil y rápidamente asume una naturaleza incontrolable por mérito propio. ¡Hierve como una *ira* insaciable! Nada existe para asegurar que tal ira se encuentra en concordancia con algún estándar de justicia, de manera que cada vez que una injusticia ha sido justificada la ira ya no tenga más ninguna razón justa para forzar la conducta de los hombres. En el mundo de Homero los hombres pueden vivir con cualquier disparidad o limitación excepto el deshonor. El honor es el supremo deber para con los dioses y los hombres por igual.

Homero no tenía la intención de decir que cuando la ira es desencadenada la iniquidad del hombre ha de tenerse como responsable. La conducta del hombre airado no es caracterizada como culpa sino como insensatez, que proviene de los dioses. Homero lo llama *ate*, y al dios que lo trae lo llama con el

término “Insensato.” En un sentido, las acciones del hombre le pertenecen. Así pues, cuando el viejo sabio Néstor reprende a Agamenón al decirle que le dio pié a su orgullo y, en consecuencia, deshonoró a un gran príncipe (IX. 116f) Agamenón replica que en verdad perdió la cabeza y cedió ante la ira negra (IX. 130).¹⁷ Pero Agamenón también tiene su auto-justificación – “No me voy a echar la culpa. Zeus, la Fortuna y la pesadilla de la Furia la tienen, por poner salvaje Insensatez [*ate*] en mi mente en la asamblea aquel día, cuando le arrebaté el premio de guerra de a Aquiles.” (XIX. 89-93). Aún así, la ira desencadenada no es fácilmente recordada, especialmente cuando el honor está en juego. El problema consiste en cómo alcanzar lo último y al mismo tiempo vencer lo primero. Tampoco es el problema solo de Agamenón; Aquiles, también, tiene su *ate* – él es orgulloso, contencioso, obstinado, dado a la arrogancia y muestra una actitud contumaz hacia la autoridad establecida y a sus compañeros nobles. La acción de Aquiles al alejarse de la batalla tiene la intención de probar a los Aqueos que no pueden ganar sin él, que a menos que tenga su honor restaurado no les ayudará. Sin embargo, su ira pronto comprueba ser una fuerza más allá de su control pues dirige a la situación que destruye a su apreciado amigo, Patroclo. Esto solamente sirve para avivar su ira con una llama más

caliente. Es movido a la guerra en furia cósmica total contra toda fuerza cósmica que se le oponga. Lejos de condenar tal acción Homero la mira como el epítome de la conducta similar a la de un dios y de ambición heroica. Es la única manera en que Homero dice que el hombre puede, a pesar de la abrumadora amenaza del caos, elevarse a sí mismo a su lugar correcto en el orden de la realidad.

He aquí la dificultad para los héroes, hombres llenos con grandes pasiones por la gloria y el logro, anhelando ser superiores a todos los otros y haciendo que esa superioridad sea públicamente reconocida. Por un lado, “ser despojado de un premio es ser deshonrado”, y por otro, “tener grandes posesiones es tener lo que un rey debe tener para ser un rey.”¹⁸ Un mundo adecuado a los héroes debe de alguna manera reconciliar estas disparidades, y aún así, de acuerdo a Homero, es precisamente cuando éstas ocurren que las oportunidades deseadas para realizar acciones heroicas son posibles. Los hombres necesitan orden, pero igualmente los hombres necesitan el caos para obligarles a utilizar sus poderes para alcanzar la grandeza y “dejar un nombre.” (Gén. 11:4)

Mucho del problema yace en la definición de Homero del carácter del hombre y la razón para su conducta. En Homero el

17. Todas las referencias a la *Iliada* son de la traducción de Robert Fitzgerald, (New York: Doubleday & Company, Inc., 1974).

18. Jasper Griffin, *Homero Sobre la Vida y la Muerte*, (Oxford: Clarendon Press, 1990), p. 27.

hombre funciona en términos de cualidades esencialmente no racionales: *thumos*; *phrene*; *kradie* (deseo/ira; instinto con agallas/sabiduría; corazón/ambición). Ningún orden moral racional estaba disponible para el hombre con el fin de clarificar la conducta correcta o errónea. Tampoco los dioses poseían tal orden. Si el hombre busca su propia gloria, en sus propios términos, es solo porque está obligado a hacerlo. Es el único orden moral que él puede verdaderamente conocer en un cosmos donde el desorden es la única alternativa. Y aunque el desorden ganara en última instancia, es posible por medio de hechos gloriosos adquirir fama imperecedera, y así, en algún sentido, triunfar a pesar de todo. Un mundo adecuado para los héroes es un mundo que ellos se han hecho para sí mismos.

5> *Hombres como dioses y dioses como hombres.*

Con Homero el hombre lucha por emerger como más que meramente un peón en un marco cósmico mayor. Aunque las fuerzas del cosmos, incluyendo las oscuras profundidades de su propia naturaleza interna, parecieran abrumarle y destruirle, no obstante, de acuerdo a la visión moral de Homero, él no necesita sufrir vergonzosa o pasivamente. Él cree que el hombre posee la habilidad requerida para confrontar su experiencia y, aunque sea mortal, lograr una gloria permanente para sí mismo. Con el ejemplo de acciones heroicas como las que

son exhibidas en la *Ilíada* de Homero el hombre es estimulado a mirar que, a pesar de cuán totalmente amenazante el poder del caos pueda parecer, él puede alcanzar dentro de sí mismo aquellas cualidades morales que le permitirán moldear una cultura y una civilización que tienen importancia duradera para el propósito humano. Aún si la existencia humana es una máxima tragedia, hay en el hombre un *poder* para trascender sus limitaciones y mostrar que la auto-determinación humana puede adquirir dignidad similar a la de un dios. Jasper Griffin ha sintetizado hábilmente la contribución Homérica:

Los poemas Homéricos no nos relatan que el mundo fue hecho para el hombre, o que nuestro estado natural en él es uno de felicidad. Ellos sí dicen que puede ser comprendido en términos humanos, y que la vida humana puede ser más que una insignificante o innoble batalla en la oscuridad. El alma humana puede elevarse a la altura de los desafíos y el sufrimiento que son la suerte de toda la humanidad. Ese espíritu, escarmentado pero no desesperado, que mira al mundo sin ilusión y lo confronta sin auto-lástima o evasión, fue el don de Grecia para el mundo, y es el elemento más profundo en el pensamiento de Homero.¹⁹

19. Jasper Griffin, *Homero*, (New York: Hill and Wang, 1980), p. 78.

Sin embargo, como ya hemos indicado, el pensamiento del mundo de Homero se encontraba lleno de deidades. ¿Cómo podría el hombre ser tan necesariamente independiente en un mundo en el que los caprichos e interferencias de los dioses era una característica tan común? Una vez más, la respuesta de Homero ha de encontrarse en su concepto del héroe. En el héroe hombres y dioses encuentran su punto de contacto. La vida discreta y deplorable del hombre es elevada al nivel divino por medio de la mediación del héroe cuyas extraordinarias cualidades son manifestaciones de poderes y atributos semejantes a los de los dioses. Ciertos individuos elegidos, no los hombres en general, porque poseen grandeza recibida de los poderes superiores y favores de los dioses, deben ser vistos como los líderes naturales en la lucha por la existencia ordenada sobre la tierra. Es a través de ellos que el orden divino en el cosmos se extiende a la vida del hombre. El orden Olímpico de Zeus es un orden cultural y la base de la civilización. A menos que él pueda persuadirnos que dioses y hombres están unidos en una compleja sociedad y que existe un medio por el cual el hombre puede sacar provecho de los mayores poderes sobrenaturales que son los únicos capaces de controlar las fuerzas destructivas del caos hacia el cual tienden todas las cosas, Homero habrá fallado en su intento de mostrar que la existencia humana puede elevarse por encima de la mortalidad predestinada y alcanzar una gloria eterna. Las *virtudes* heroicas son la prueba de la presen-

cia de un poder ordenador divino entre los hombres.

Pero en el pensamiento del mundo de Homero no es tanto que el hombre se eleva hacia los dioses sino que los dioses se extienden hacia él. Los héroes legendarios de Homero vivieron en una época cuando “los dioses intervenían abiertamente en los asuntos humanos, y es su interés ferviente y participación personal lo que marca a los eventos heroicos como poseyendo trascendencia.”²⁰ A diferencia de las culturas teomórficas de Oriente donde los dioses son distantes y, en la mayor parte, desinteresados en un insignificante hombre excepto para ser servidos por él en auto-humillación similar a la esclavitud, Homero imagina un cosmos en el que los hombres son de gran y directo interés para los dioses. Lejos de ser ajenos a los acontecimientos humanos, ellos son descritos como aquellos que “observan” las endebles acciones del hombre. Más especialmente, los hombres, en la perspectiva de Homero, son “amados” por los dioses. Pero no aman a los hombres en general, sólo a los grandes hombres, hombres de cualidad heroica. Esa es la razón por la cual en la mitología Griega los dioses se acercan a los humanos y tienen relaciones íntimas con ellos. Los dioses se aparean con los mortales y producen descendencia que se dicen ser “nacidos de los dioses” y “nutridos por los dioses.” De allí que

20. Griffin, *Homero Sobre la Vida y la Muerte*, p. 81.

los dioses sean vistos como 'la fuente de dones específicos para ciertos individuos... buena apariencia... gracia en el lenguaje... estatura, fuerza... buen instinto... poder profético... habilidades técnicas... la inspiración del poeta...', etc...²¹ Por medio de este extenderse al hombre, el hombre es dotado con extraordinarias cualidades que, a su vez, le elevan y le capacitan para confrontar el siniestro poder del destino y la muerte. Su existencia mortal es cubierta con aquellas características que son la dotación de parte de los inmortales. Así pues, "a través de sus poemas Homero hace que sus dioses aparezcan en tal manera que no doblegan por la fuerza al hombre hasta el polvo; por el contrario, cuando un Dios se asocia con un hombre, le eleva, y le hace libre, fuerte, intrépido, seguro de sí mismo."²²

Para Homero los poderes del Más Allá eran esenciales para la realización de los propósitos humanos, pero solo en la medida en que capacitaban al hombre para pensar de sí mismo como en posesión de los medios necesarios para dirigirse a sí mismo. En el ideal del héroe aparecieron las cualidades similares a las de un Dios necesarias para imbuir las metas humanas con valor eterno. Aunque el hombre debe eventualmente morir, sus creaciones culturales alcanzarán

gloria imperecedera. Por medio de la lucha heroica con las fuerzas del caos el hombre puede realizar una vida ordenada para el bien del hombre. El hombre, en Homero, comienza a pensar de sí mismo y de sus hechos como productos de lo divino dentro de sí mismo, y aunque Homero todavía pensaba de esas características similares a las de un Dios como llegando al hombre desde el exterior, sin embargo las consideraba como innatamente humanas. Como resultado, una visión humanista de la vida fue abierta a los Griegos la cual, a medida que sus ideales culturales comenzaron a asumir un carácter más racional (e.d., filosofía), llevó cada vez más a una definición de la vida y del propósito centrada en el hombre. Con el tiempo Platón buscará reemplazar al héroe con el filósofo. Este último, aunque juega el mismo rol del héroe, como el líder cultural, hará esto con menos necesidad de pensar acerca de sus poderes como el producto de una fuente divina exterior. Los dioses retrocederán más y más hacia el fondo del escenario, si no es que llegarán a desaparecer del todo, y el hombre emergerá para pensar y actuar en concordancia con *ideas* abstractas e impersonales. La razón en el hombre asumirá el rol de lo divino en el hombre y se convertirá en el poder necesario para ordenar su vida y su mundo. De esta manera comienza el surgimiento del "legado Griego" y con él el aspecto humanista de la civilización Occidental.

21. Mark W. Edwards, *Homero: Poeta de la Ilíada*, (Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1990), p. 129.

22. Snell, *El Descubrimiento de la Mente*, p. 32.